

LITERATURA MEDIEVAL

Volume IV

ACTAS DO IV CONGRESSO
DA
ASSOCIAÇÃO HISPÂNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
(Lisboa, 1-5 Outubro 1991)

Organização de
AIRES A. NASCIMENTO
e
CRISTINA ALMEIDA RIBEIRO

EDIÇÕES COSMOS

Lisboa
1993

© 1993, **EDIÇÕES COSMOS e ASSOCIAÇÃO HISPÂNICA
DE LITERATURA MEDIEVAL**

Reservados todos os direitos
de acordo com a legislação em vigor

Capa

Concepção: Henrique Cayatte
Impressão: Litografia Amorim

Composição e Impressão: EDIÇÕES COSMOS

1ª edição: Maio de 1993
Depósito Legal: 63841/93
ISBN: 972-8081-07-3

Difusão

LIVRARIA ARCO-ÍRIS

Av. Júlio Dinis, 6-A Lojas 23 e 30 — P 1000 Lisboa
Telefones: 795 51 40 (6 linhas)
Fax: 796 97 13 • Telex: 62393 VERSUS-P

Distribuição

EDIÇÕES COSMÓS

Rua da Emenda, 111-1º — 1200 Lisboa
Telefones: 342 20 50 • 346 82 01
Fax: 347 82 55

Para los Antecedentes Literarios de los «Diarios» Colombinos

Rafael Beltrán

Universidad de Valencia

Antes de adentrarme en los objetivos de esta comunicación, querría aclarar que parto de una premisa previa: no he creído necesario justificar la concesión que haré en ella de plena entidad literaria para las redacciones colombinas¹. Los textos colombinos soportan y encauzan la influencia de unos claros antecedentes literarios peninsulares. Son mucho más, pero si se nos fuerza son, ante todo, un humilde eslabón que forma parte de una larga cadena genérica. Baste mirar prospectiva y desapasionadamente hacia el mar de historias, aventuras, relaciones, hazañas y naufragios, que nos dan los dos siglos siguientes, para entender que esa cadena anuda textos de características específicas, que solemos catalogar como relaciones de campañas militares y libros de viajes. A su vez, algunas de estas relaciones de campaña y libros de viaje se someten o entretejen al diseño parcial de un esquema de tanta antigüedad y raigambre como es el biográfico. Las relaciones colombinas son retazos, jirones, piezas de un rompecabezas que tuvo cohesión en la mente del individuo que las redactó, y esa cohesión la daba la conciencia biográfica. No queremos decir que las relaciones sean partes de una autobiografía que nos permitan postular los rasgos de la personalidad colombina, sino algo bien distinto: que son troceados vestigios que nos aportan, parcial e incompleta, la imagen autobiográfica que Cristóbal Colón quiso presentar de sí; una imagen difícilmente separable, por razones conocidas, de la que fray Bartolomé de Las Casas, en connivencia con Diego Colón, fue forjando del Almirante².

Entrecruzamiento de relación de campaña, libro de viaje y autobiografía, la prosa llana, transparente y poco afectada de Cristóbal Colón, de escasos alardes estilísticos, pero honda ambición comunicativa, se inscribe dentro del humilde capítulo de la prosa histórica del período que constituyen los «diarios de a bordo»³.

No queremos entrar ahora en la prospectiva del género durante el XVI, sino en su pasado, más estrecho y abarcable. Los diarios encajan perfectamente dentro de la tradición de libros de viajes, algunos de ellos biográficos, cuyos principales antecedentes originales peninsulares, se dan en el XIV y XV y en castellano: el *Libro del conocimiento*, la *Embajada a Tamorlán*, el *Tratado de Pero Tafur*, *El Victorial*. Una peculiaridad importante del «diario de a bordo» lo diferencia de algunas — no todas — de las obras citadas: el modo narrativo, el relato autobiográfico. Sólo hasta cierto punto la *Embajada a Tamorlán* es una autobiografía colectiva, pero sí son autobiográficos el *Tratado de Tafur*, no tan lejano del ambiente sevillano que conoció Colón en los años ochenta, lo mismo que lo serían — saltando por encima las fronteras peninsulares y de la veracidad de los hechos contados — los relatos de Marco Polo y Mandeville, que Colón leyó con tanto interés⁴.

Aunque son relativamente numerosos los libros de viajes precedentes, aparecen, en cambio, contados ejemplos de «diarios de la mar» anteriores a los relatos colombinos. En la Península, han dejado las más visibles huellas de su existencia, de nuevo, en la *Embajada a Tamorlán* (que transparenta el criterio cronológico del paciente diario), en *El Victorial* y, en menor medida, en el *Tratado de Pero Tafur*. Después de los perdidos diarios de la flotilla de Pero Niño⁵, que dejan su recuerdo en *El Victorial*, y que corresponderían a sus campañas en el Mediterráneo y Atlántico, entre 1404 y 1406, existe otra singular huella de diario que quisiera

añadir como precedente de los diarios colombinos. La *Crónica de Juan II* narra la actividad en el Estrecho, durante la Guerra contra Granada emprendida por Fernando de Antequera, de la flota capitaneada por Juan Enríquez, el hijo bastardo del almirante mayor de Castilla, Alfonso Enríquez. La flota estuvo compuesta por trece galeras⁶. Los capítulos de la *Crónica* cubren al detalle los hechos ocurridos durante los días 22, 23, 24 y 26 de agosto de 1407, sin transparentar una estructura de diario, sino engarzados como un sólo episodio que culmina con la victoria del último día. Más adelante, sin embargo, en otro capítulo, se revela ya definitivamente esta estructura: se resumen en él las actividades de la flota, al mando del propio almirante, entre mayo y octubre de 1410⁷. El cronista renuncia a reelaborar la estructura original del borrador con el que trabajaría — evidentemente un diario de a bordo — y se limita a extraer las noticias de los días más relevantes: 12, 13 y 24 de junio, 5, 10, 12, 16, 25 y 27 de agosto, etc. Baste algún ejemplo para reconocer la estructura del *diario*:

«En doze días de junio, yendo el leño de Fernando de Ferosa e el leño de los catalanes a la Carbonera, vieron un moro en tierra; e tomáronlo e lleváronlo al almirante. En treze días de junio, mandó el almirante a los de Tarifa que corriesen a Gibraltar e a la torre de Cartajena, por tomar lengua (...) E veinte e cuatro días de junio, día de San Juan, tomaron los leños una zabra de moros...» (AG, cap. 173, p. 369).

Los hechos que merecen ser recogidos por el cronista son: una batalla naval, la captura de moros, la toma de lengua (es decir, de información de los prisioneros), captura de naves, devastación del campo morisco (tala de viñas, quema de panes), toma de agua, peligro de tormentas, maravillas meteorológicas. Es decir, ni más ni menos que las mismas incidencias bélicas y de navegación que encontraremos detalladas hasta la saciedad en el mismo *Victorial*, en los diarios colombinos y en tantas relaciones de conquista, cartas, viajes, naufragios, etc., posteriores.

Hasta aquí un repaso selectivo — desde luego no exhaustivo —, de algunos de los antecedentes del diario de a bordo. ¿De qué nos sirve el reconocimiento de estos antecedentes para los diarios colombinos? A nuestro juicio, facilita el encuadramiento de algunas posturas o gestos supuestamente «históricos» que nos ha dejado Colón en la letra de sus documentos, dentro de una tradición literaria biográfica, la del capitán de la nave, que los tenía en parte ya prescritos. Vamos a tratar de ver cómo ciertas actitudes que se querían — y se han querido — hacer representativas de una determinada personalidad psicológica (se han adivinado síntomas de neurosis en Colón), o de un determinado cariz ideológico (la hipótesis del Colón converso, o la del Colón mesiánico), confrontadas con otras de la misma cadena genérica, atenúan su fuerza, cuando no la llegan a perder, o se hacen extensivas a toda la cadena.

La representación biográfica y autobiográfica es simulación de coherencia, de integridad y totalidad; no se puede permitir el riesgo de la fisura. Y actúa siempre a partir de un paradigma modélico: el buen guerrero, el buen cristiano, el buen diplomático. El comportamiento heroico del protagonista del diario o la relación marítima no difiere del de otras cartas o relaciones de batalla, despuntes biográficos que nos hablan de las brillantes actuaciones de un Diego de Ribera, en 1430, de un Fernán Álvarez de Toledo, en 1435, de un Rodrigo Manrique, en 1434, por poner algunos ejemplos de notables cartas y relaciones, que nutren la cronística del XV. El comportamiento individual de Juan Enríquez, en el diario que hemos aportado de la *Crónica de Juan II*, es recogido con tintes heroicos⁸. Por no hablar del de Pero Niño, que pretende en su biografía — que fue antes diario — renovar las hazañas de todo un Alejandro Magno.

Me interesaría acotar aquí una variante complementaria del paradigma modélico del capitán o almirante conquistador, que utilizan relaciones y diarios, y que da pie a controvertidas interpretaciones en el caso colombino: la del capitán mesiánico. Alain Milhou ha dedicado una fundamental monografía a la mentalidad mesiánica colombina. Asume la comúnmente aceptada opinión de que Colón llega «a una España en que reinaba un ambiente mesiánico, orquestado

por los Reyes Católicos, que permitía creer en lo imposible: conquista de Jerusalén, monarquía universal, según decían las profecías, de añeja tradición medieval, que se cifraban en las personas de Fernando e Isabel»⁹. Cuando Colón viene, es «heredero de las tradiciones franciscanas, mesiánicas y milenaristas, arquitecto de un proyecto grandioso»¹⁰. Varios elementos podrían incluso sustentar la hipótesis de que una supuesta herencia joaquinista de Colón le hiciese tomarse a sí mismo como mesías redentor: su firma misteriosa (de posible influencia cabalística), sus pretensiones proféticas, su autocomparación con el rey David, su proclamación como mensajero de «nuevo cielo y tierra» (lexema del que, por el contrario, Juan Gil extrae elementos que corroborarían el judaísmo de Colón), pero sobre todo su adecuación al modelo bíblico del justo perseguido.

El joaquinismo de Colón no sería, sin embargo — concluye Milhou —, sino superficial, teniendo en cuenta su respecto por las autoridades civiles y religiosas (por el Papa), su adhesión al mesianismo fernandino, y su ausencia de ataques a la Iglesia. Descartada esa herencia, Milhou cifra la mentalidad mesiánica en un Colón que consideraba su propio destino providencial, pero con demasiado sentido político como para no tratar de armonizarlo con el mesianismo oficial de los Reyes Católicos si quería que su empresa prosperase. Así, el Colón de la *Relación del cuarto viaje*, «amargado por sus fracasos y obsesionado por la pérdida de privilegios, buscaba la conformidad literaria del justo perseguido, reprochando(les) a los Reyes Católicos el incumplimiento de la palabra dada, pero considerando todavía que Fernando era el que había de reconquistar Jerusalén»¹¹.

El argumento principal para sostener el mesianismo de Colón (independientemente de su adhesión al mesianismo fernandino), es el de la asociación que haría de sí mismo con la imagen bíblica del Justo perseguido, víctima de tribulaciones y martirios, «pobre extranjero envidiado», como gustaba llamarse a sí mismo. Colón reaccionó frente a la pérdida de poder y prestigio con una verdadera enfermedad de persecución. Como escribe — y es un ejemplo espigado entre muchos — al Papa Alejandro VI, en 1502: «Tantas fatigas e muertes que en esta empresa yo he pasado, con tan poco agradecimiento del mundo»¹².

Sin embargo, a la luz del modelo biográfico, ese tipo de estoicismo no nos parece en absoluto excepcional. Las notas de estoicismo en el precedente biográfico de *El Victorial* son muchas, y más todavía — porque se suma la huella de Séneca — en la apenas posterior *Crónica de don Alvaro de Luna*. Son asiduas las apelaciones al sufrimiento y trabajos del conde en *El Victorial*. «Ninguno non desespere, que las grandes fortunas los hombres las an de pasar. Nasçido es el hombre para travajar. Los que conquistaron las tierras e ganaron los reynos, por muchos afanes e grandes trauijos pasaron», dirá Pero Niño, en una de sus arengas¹³. El futuro conde gana a pulso la «palma de victoria», en medio de un mar embravecido por constantes fortunas y adversidades, entre ellas la del exilio.

La imagen de la tormenta en la mar actúa como bisagra que articula el paso de lo real a lo simbólico. Milhou hace una lectura religiosa de la *Relación del cuarto viaje*, profundizando en el análisis de la descripción apocalíptica de las tormentas en la expedición. Con la literatura apocalíptica relaciona imágenes como la de la mar «fecha sangre», o «herviendo como caldera por gran fuego», o «a la media noche, que parecía que el mundo se ensolvía», o apreciaciones como la de que «ni me dexó tormenta del çielo, agua i trombones, i relámpagos de continuo, que parecía el fin del mundo». No llega Milhou a discernir en ellas señales de la inminencia del Fin del Mundo, pero sí señales de una persona preocupada por la escatología como Colón. Llega a afirmar que pasajes como el que citamos a continuación habrían de leerse a la luz de la idea de una catástrofe cosmológica final: «la mar tan alta, fea, i hecha espuma. El viento no era para ir adelante, ni dava lugar para correr hacia algún cabo [Los rayos] venían con tanta furia i espantables, que todos creíamos que me avían de fundir los navíos. (...) La gente estava ia tan molida, que desseavan la muerte, para salir de tantos martirios. Los navíos ia avían perdido dos vezes las barcas, anclas, cuerdas, i estava aviertos, sin velas»¹⁴.

Pero la mar alta (encrespada), el viento furioso, el peligro de hundimiento, los cascos abiertos, la desesperación de la tripulación, los rezos..., incluidas apreciaciones como la de que «parecía el fin del mundo»..., son partes de una enumeración perfectamente encuadrable dentro de la descripción realista de tormentas que hacía el escribano redactor del diario de a bordo, y a de la que el biógrafo se servía para profundizar en una determinada dimensión simbólica. Baste citar un caso de *El Victorial*:

«Los senblantes del tiempo heran malos. Estava el leme mirando a todas partes, demudada la color, suspirando, catando en el aguja e en la carta de marear. Fablava muy paso con los marineros, e ya los marineros todos ahorrados. El capitán mirávalos, e veyá que todas aquellas cosas heran señales de tormenta. (...) ... arrezizó el viento tan fuerte e tan bravo, e levantó la mar tanto, que enbestían las olas por proa fasta media galea, e fizo girar las galeas por fuerça. Venían las olas tan altas como sierras, la mar cavada. Derramaron las galeas, cada una por su parte, que non tenían ya una con otra. (...) Las olas heran tan fuertes que davan en el costado de la galea, que la querían fazer pedaços, e toda la fazían sonar. E venían las olas muy grandes por popa, que algunas dellas entravan por la galea. (...) Ya toda la gente desesperavan de la vida, e rogavan a Dios que les uviese merçed a las almas. Toda la noche pasaron así en grand tormenta, e toda vía lluvía, que es una cosa que atormenta mucho los marineros» (pp. 190-91).

La tormenta es fortuna, se opone a toda razón y expectativa, pero es enviada por la providencia divina con algún sentido: las tribulaciones que debe superar el capitán. La prueba se magnifica, de manera que el catastrofismo cosmológico sugerido tiene que ver en ocasiones más con la hipérbole estilística que con la pretendida alusión a una dimensión escatológica.

Es obvio que latía por debajo de estos textos la ejemplar lección de Job, a quien le serían restituidas hacienda y honra después de todas sus penalidades. Bajo el signo de Job — dice Milhou — conviene leer la relación de este cuarto viaje, en el que «la dramatización extremada de las desgracias aparece, de vez en cuando, iluminada por la esperanza en la recuperación de los privilegios políticos y económicos»¹⁵. Job es también citado como ejemplo de resignación por el autor de *El Victorial*¹⁶. Pero Niño tiene la desgracia de que muera el rey Enrique III, hermano suyo de leche, justamente cuando «buscaba causa e manera por fazer grande a Pero Niño»¹⁷; asimismo, cuando muere Fernando de Antequera, acota el autor que «çesó la esperança que le avía puesta», porque «le avía prometido de le fazer muchas cosas en honra suya» (...) y «le avía prometido que todos los trabajos que él avía pasado con el rey su hermano que él ge los entendía remunerar»¹⁸. El biógrafo apela por eso, como consolación, al Salmo bíblico: «Como dize el profeta: 'Non queráys confiar en los príncipes...'»¹⁹.

Bartolomé de Las Casas concibió el retrato de Colón como biografía hagiográfica y «contribuyó a crear la leyenda del genio muerto en el descrédito y la pobreza»²⁰. Pero Las Casas aparentaba también ser crítico, e incluía un recurso conocido: el elegido, como buen mártir, expía sus pecados cometidos contra los indios, para ser premiado por el Supremo Juez. Esa misma expiación se puede leer también cuando Leonor López de Córdoba trata de la muerte de su hijo en sus *Memorias*, y en *El Victorial*, cuando el autor presenta la pequeña biografía del hijo de Pero Niño, Juan Niño, en quien el conde tenía fundadas todas sus esperanzas de sucesión. Al incluir la muerte prematura del hijo al final del libro, en el momento cumbre de la desgracia de Pero Niño, el autor quiere hacer ver que significó la prueba máxima de sufrimiento; prueba de redención que se ofrecía ante Dios, y ante los hombres — como el sacrificio del hijo de Abraham — para expiación de pecados y esperanza en el premio supremo.

El sueño de la revelación de Colón, en la relación del Cuarto viaje ha sido relacionado con toda una corriente profética²¹. Pero no olvidemos que la profecía, muchas veces revelada en sueño, es un elemento puntal del esquema biográfico. El profeta de *El Victorial* revela a los padres y al niño su misión «redentora» respecto a la familia. Poco después, a Pero Niño, su

maestro le ilumina sobre su misión con una admonición que trae la huella de la infancia de Jesús, y en concreto de las profecías de Simeón y Ana, que preceden al capítulo de Jesús entre los doctores, en el mismo Evangelio de Lucas: «Non vos quiero más detener, porque ya se acerca el tiempo en que avedes de amostrar quién soys»²².

No es extraño que se hable de mesianismo, cuando tantas asociaciones religiosas, incluso con la figura de Cristo, se insinúan o explicitan a lo largo de las relaciones colombinas. Colón llega a sudar gotas de sangre, como Cristo en Getsemaní, según el Evangelio de Lucas. Pero las resonancias evangélicas no eran tampoco extrañas a biografías anteriores. De hecho, el comportamiento mesiánico de Pero Niño tiene otros jalones en la obra: el caballero es asociado al Moisés del *Éxodo*; y explícitamente comparada su actitud ejemplar con la de Jesucristo en otro momento de su biografía²³. El convencimiento de estar luchando con apoyo divino alienta, en fin, toda acción del capitán, que reclama constantemente «la ayuda de Dios e (...) la su justicia»²⁴.

Colón y Pero Niño no fueron santos y, sin embargo, tampoco fueron hipócritas en su pretensión de simuladores de Job, y en su ambición mesiánica. A nuestro juicio, Milhou acertía en la clave de la contradicción, cuando afirma que Colón «creía sinceramente que la vivía [la vida de santo] como imitación esencialmente *literaria* del modelo bíblico»²⁵. Esa imitación esencialmente *literaria* explica la coherencia religiosa de sus relaciones, tan cercana a la coherencia que quisieron imponer a las vidas de Pero Niño o de Alvaro de Luna, los autores de sus biografías, letrados alimentados, como Colón, de una cultura medieval alimentada por el modelo hagiográfico. De igual modo que la religiosidad profundamente sincera de Colón no eliminó nunca la permanencia de sus obsesiones mundanales, en las biografías medievales, también se hizo compatible el héroe militar, ambicioso buscador de «honra», con el hombre cumplidor de deberes religiosos, a veces rozando los tintes del mártir.

El mesianismo individual o familiar habría de ser, con todo, matizado y diferenciado de un mesianismo político de mucha mayor embergadura. El mismo providencialismo respecto a la familia y el linaje que encontramos subyacente a los escritos de Colón, estaba presente, como hemos intentado apuntar, en obras anteriores y coetáneas. En el caso colombino, vino a fundirse con la ideología mesiánica de la época, y el ambiente mesiánico del reinado de los Reyes Católicos pudo ser caldo de cultivo para exacerbar una mentalidad posesa de un orgullo predeterminista. Pero tiempos anteriores, sin tener que remontarnos a Fernando III, como la regencia del mismo Fernando de Antequera — que habían visto renacer las esperanzas de Reconquista, si bien es cierto que sin el auge nacionalista y militarista que durante el reinado de Isabel y Fernando —, dieron pábulo a actitudes ideológicas no tan distantes de las que demuestra Colón. Habremos de tratar, por ello, de deslindar la intromisión en nuestros análisis del referente sublimado del Descubrimiento, que entorpece una correcta apreciación de actitudes y ideas.

Para proceder a una lectura literaria de las cartas y relaciones de Cristóbal Colón se precisa restituir el azogue de un espejo que atesora el valor de una persona y una época. Es de desear que esa restitución, limpiando espejismos y manchas del tiempo, rescate una más clara visión de la mentalidad peninsular a las puertas de la Edad Moderna.

Notas

¹ Partiré de las redacciones fijadas por Consuelo Varela, en su ed., *Cristóbal Colón, Textos y documentos completos*, Madrid, Alianza, 2ª ed., 1984. Estudiar este precioso conjunto de documentos históricos dentro de una tradición textual no puede sino ayudar a su consideración como producto de la mentalidad del individuo y de la sociedad en una época; lo hará más aún, si los hechos a que se refieren esos documentos sirven a la Historia, como en este caso, de gozne de apertura hacia aquella era que coincidimos en llamar Edad Moderna. El estudio de los precedentes y contexto literario de los diarios colombinos puede contribuir

asimismo a calibrar el grado de esfuerzo que significaría vertir la aprehensión de una novedad referencial (el Nuevo Mundo americano) en el odre añejo de la mentalidad medieval. Ese viejo recipiente se encontraba abierto y preparado para integrar ideológica y literariamente la difícil novedad de la empresa americana. El aspecto ideológico de ese seudo-«encontronazo» con el continente desconocido, ha sido y continuará siendo estudiado, tanto desde el terreno socio-histórico, como desde los campos antropológico y cultural.

² Que la imagen rescatada no corresponda a la realidad, no es en principio de nuestra incumbencia, porque la única realidad discernible para nosotros, y con nuestros toscos instrumentos, es la realidad simbólica, la realidad literaria. A la dificultad de recomponer ese cuerpo, se une la revisión que de esa operación realizó Bartolomé de Las Casas. Por no hablar de los nuevos «apedazamientos» de toda una tradición historiográfica que ha retorcido, amañado, expoliado la figura de Colón. Sobre la «connivencia» entre Las Casas y Diego Colón, ha dicho C. Varela (*ibid.*, p. X): «Para la mentalidad medieval (...) de Las Casas, en el devenir providencial de la Historia había dos personas predestinadas por Dios para altísimas misiones: Cristóbal Colón para encontrar un Nuevo Mundo donde predicar el Evangelio, y él mismo, para convertirse en apóstol y protector universal de los indios».

³ El empleo del léxico marítimo (con aportaciones lexicales a veces polémicamente calificadas de italianismos, lusismos, terrismos — tengamos en cuenta que el léxico marítimo es en cierto modo *koiné* internacional), el «habla de las galeras», tiene antecedentes en diarios de a bordo del XV; v. J. F. Guillén Tato, *La parla marinera en el Diario del primer viaje de Cristóbal Colón*, Madrid, Instituto Histórico de la Marina, 1951. En cuanto relaciones de campaña militar, cuentan con un destinatario y objetivo precisos, empezando por una cancillería real, ante la que se pretende justificar el valor de la empresa que ha subvencionado; lo que se hace mediante la exposición laudatoria de méritos, que ensalzan el valor personal del almirante, frente a los avatares de las circunstancias (aventura/ fortuna, tormentas, peligros, rebeliones...), con el fin de obtener las prebendas merecidas.

⁴ Conocemos al Colón lector de Marco Polo y Mandeville (v. J. Gil, ed., *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón y «El libro de Marco Polo» de Rodrigo de Santaella*, Madrid, Alianza, 1987), pero tuvo que ser también lector de aquellas otras obras, oidor de aquellas hazañas, así como de otras de conquistadores de nuevas tierras, desde las de Bethencourt en Canarias, hasta las de los descubridores portugueses en África.

⁵ La Roncière afirmaba que *El Victorial* era prácticamente el único caso de diario de a bordo medieval europeo conocido, pero tenemos noticias, a través de diarios de a bordo, de los avatares de la flota real catalana desde el año 1324, gracias a que era preceptiva la presencia en ella de un escribano de galera o de nave. Ese precepto no se dio, en cambio, para la castellana hasta 1524. Más allá del ámbito hispánico, los diarios, en parte marítimos, de Nicolò de Martoni, notario italiano, que comprenden los años 1394-95, demuestran que el catalán no fue caso aislado. En 1402, tres años antes de zarpar la flotilla comandada por Pero Niño, cuya empresa nos cuenta *El Victorial*, una galera y dos galeotes, al mando del comandante Iñigo López de Mendoza, hermano del almirante de Castilla (y tío del marqués de Santillana), un perjuicio importante para comercio catalán con Berbería y con el reino de Granada. Seguramente su «diario de a bordo» fue escrito, como el de Pero Niño, pero se perdería entre tantos documentos preparados para ser seleccionados y tener mención en los últimos años de la *Crónica de Enrique III*, que Pero López de Ayala no pudo escribir. Nos lo hacen sospechar las menciones detalladas de los sucesivos ataques a las costas inglesas, entre 1377 y 1380, de los que dan cuenta las *crónicas de Enrique II y Juan I*. La expedición de Fernán Sánchez de Tovar, de 1377, contra las costas inglesas, con ataques a Portsmouth, Dartmouth, Plymouth, isla de Wight, Southampton y Poole, es el precedente principal de la campaña de Pero Niño al Atlántico (v. M. T. Ferrer i Mallol, «Els corsaris castellans i la campanya de Pero Niño al Mediterrani (1404). Documents sobre *El Victorial*», *AEM*, V (1968), págs. 265-338).

⁶ El patrón de la galera del almirante era Nicoloso Bonel, un genovés que encontrábamos ya a las órdenes de Pero Niño. V. mi trabajo, «Del 'diario de a bordo' a la biografía: las campañas marítimas (1407 y 1410) en la *Crónica de Juan II* de Alvar García de Santa María y la doble redacción de *El Victorial*», *Anuario de Estudios Medievales*, 20 (1990), pp. 171-209; aquí, p. 190.

⁷ El capítulo de la *Crónica* es el 173. Se trata de actividades paralelas a los acontecimientos que culminarían en la toma de Antequera, que se rindió en septiembre (*ibid.*, p. 191-2).

⁸ «E en tanto quedava Juan Enríquez peleando con los moros de la otra parte de las huertas, con fasta ocho o diez hombres damas (...) falláronlo peleando muy rezió, con los moros, a él e los que con él estauan. E ya no podían sofrir los moros, que heran muchos. E fué él ay muy mal ferido, en el percueço e en el rostro, e en el cerebro e en el lado, de viratones e de otras feridas. E tenía delante de sí, quando la gente llegó, dos moros muertos» (AGSM, *Cr. Juan II*, 369-370; cit. en «Del 'diario de a bordo' ...», pp. 195-96).

⁹ «Hay que ver en el mesianismo hispánico (...) una de las causas del descubrimiento de América.» (A. Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Valladolid, Ambito, 1983, p. 472).

¹⁰ Con ese bagaje, «hubiera podido Colón derivar hacia la heterodoxia, tomándose por un mesías joaquinista, inaugurador del milenio del Espíritu.» (Milhou, *Colón*, p. 473).

¹¹ Milhou, *Colón*, p. 474.

¹² Cit. por Milhou, *Colón*, p. 267.

¹³ J. de M. Carriazo, ed., *El Victorial. Crónica de Pero Niño, conde de Buelna. Por su alférez Gutierre Díez de Games*, Madrid, Espasa-Calpe, 1940, p. 193. Exploro el componente mesiánico de la biografía en «El retorno a la 'natura' como recuperación del linaje perdido: actitudes mesiánicas en la biografía medieval del conde de Buelna», *Modern Philology*, 88 (1991), pp. 365-72.

¹⁴ Milhou, *Colón*, pp. 463-70.

¹⁵ Milhou, *Colón*, p. 269.

¹⁶ Aunque bien es cierto que algo gratuitamente, en *Vict.*, p. 222.

¹⁷ *Vict.*, p. 289.

¹⁸ *Vict.*, p. 319.

¹⁹ *Vict.*, p. 317. David y Daniel también están en las apelaciones del autor (p. 318).

²⁰ Milhou, *Colón*, p. 270.

²¹ Milhou, *Colón*, p. 275.

²² *Vict.*, p. 73. V. mi art., «El retorno», p. 369.

²³ *Vict.*, pp. 233-34.

²⁴ *Vict.*, p. 108; se podrían dar muchos otros ejemplos (pp. 192, 222, 271, etc.).

²⁵ Milhou, *Colón*, p. 272.